beis de hacerla? ¿Por qué habeis de dudar... Sabeis perfectamente que á mi amor va unido un respeto profundo.... el pobre artista no tenia nada que ofreceros mas que su corazon.. el príncipe de Castel-Vivant pone á vuestros piés su nombre; ¿quereis aceptarlo?

Al pronunciar estas palabras, estaba Héctor muy conmovido y con una rodilla doblada.

Lazarine se acordó en aquel momento del marqués de la Tour du Roy, cuando tambien de rodillas le pedia su mano.

—¡Ah!—dijo llena de orgullo,—soy omnipotente por la belleza; viejos y jóvenes me rinden igual homenaje.... si aún existieran reyes, ¡yo seria reina!

Despues dijo en vos alta:

—¡Levantaos! ¡pensad en lo que dirian si entrase alguien!

Héctor obedeció, balbuceando al mismo tiempo.

—No me habeis respondido.

La marquesa fijó en el jóven una mirada prolongada que, penetrando hasta lo mas profundo de su corazon, le produjo la turbacion mas intensa y mas dulce que haya podido experimentar criatura humana.

Al mismo tiempo la fisonomia de Lazarine tomaba un aire de verdadera seriedad.

—Respondedme—dijo el príncipe,—os suplico que me respondais.

—¡Héctor!—dijo la marquesa con vos conmovida,—lo que me pedís es algo mas que una respuesta, es una confesion, ¿quereis que hable? pues bien, hablaré; voy á haceros mi confesion.

XLVIII

—Vos me creeis indiferente, frívola, excéntrica y ligera—empezó á decir Lazarine,—algunas veces llego á persuadirme que soy todo esto, y sin embargo no tengo mas que la apariencia. Os han dicho que yo he vivido siempre para el orgullo y para el placer, sacrificando la felicidad íntima á las exigencias del lujo y á los goces de la vanidad; vos lo habeis creido, y habeis hecho muy bien, porque todo me acusa; pero, á pesar de la evidencia, os equivocábais al juzgarme de esa manera.

—¡Pero si yo no me he permitido nunca juzgaros!—contestó Héctor vivamente,—yo no os acuso de nada, porque todo en vos me parece perfecto, y nunca ha pasado por mi imagina-

cion el menor asomo de crítica que pueda empañar mi admiracion sin límites.

—Os suplico que no me interrumpais, querido príncipe—dijo la marquesa sonriéndose,—me hace falta algun valor para no ocultaros nada, y no quisiera que me hiciéseis vacilar.

Pareció como que meditaba por espacio de algunos momentos, y despues continuó:

—Nunca he sido completamente feliz; mi padre es una excelente persona que nos queria á su manera á mis hermanas y á mí, consistiendo su sistema en no ocuparse nunca de nosotras, dejándonos en absoluta libertad para tener todo género de caprichos; aquella existencia vacia y ruidosa, de movimiento y de brillo, la sola posible para mí, reemplazaba muy mal, os lo aseguro, la vida tranquila y serena del hogar, junto á una madre cuidadosa y severa, con ternura, que era la que yo habria deseado; pero desgraciadamente no teniamos madre.

La marquesa se detuvo para enjugar furtivamente una lágrima que vacilaba en sus párpados.

Héctor estaba verdaderamente conmovido, y hubiera deseado recoger en sus labios aquella lágrima caída de los ojos de un ángel.

La jóven continuó:

—Llegó un dia en que mi padre amaneció arruinado y nos fuimos al campo para reemplazar aquella vida de movimiento por una existencia exageradamente monótona, sucediéndose el fastidio á la fatiga. Ganaba muy poco en este cambio, y no habia ningun motivo para felicitarme de ello.

En esta época, el marqués de la Tour du Roy se prendó de lo que han dado en llamar mi belleza, y pidió mi mano.

Me resistí con todas mis fuerzas.

La idea de union con un anciano siendo yo una niña completamente, me sublevaba; pero mi padre, empleando capciosos razonamientos, acabó por triunfar de mi repugnancia.

Aquella union debia darme una fortuna, un nombre ilustre y una posicion magnífica, segun decia, y la verdad es que, despues de todo, tenia razon, puesto que se trataba de una mujer sin dote.

Sin embargo, la lucha fué larga, aunque el éxito no era dudoso.... cedí..... líbreme Dios de ofender en lo mas mínimo la memoria de aquel que bajó á la tumba acompañado de todo mi respeto.

El marqués fué para mí muy bueno, sin que se desmintiera ni su bondad un solo instante desde el dia de nuestra union hasta el de su muerte.

El único defecto que tenia era su edad, y en esto no tenia la culpa verdaderamente.

No olvidaba nunca nada de lo que pudiera hacerme feliz, rodeándome de un lujo verdaderamente régio, que iba acompañado de una ternura apasionada en demasia, que producia en mí resultado contrario al deseado, puesto que se despertaba en mí el sufrimiento natural de un amor septuagenario que rechaba mi juventud.

Sufrí mucho en silencio, sin exhalar una queja ni un murmullo, y sin que el marqués haya podido suponer nunca lo que por mí pasaba. Pero mi conciencia me decia y me dice que cumplí con mi deber.

Quedé viuda, iba á ser madre, y era rica y libre, lo cual es decir que reunia y reuno las condiciones necesarias para una felicidad probable; pero á pesar de ello, no soy dichosa.

—No teneis mas que quererlo para serlo en adelante—exclamó el príncipe.—Tened confianza en mí, Lazarine, confiadme vuestro porvenir siendo mi esposa.... ¿quereis serlo, Lazarine? decidme que lo quereis; decidme os lo suplico.

La marquesa movió dulcemente la cabeza.

—Lo que acabais de oír no es mas que una confianza, y he hablado de una confesion; dejadme concluir.

—¿Qué importa esa confesion?—contestó Héctor con viveza,—yo no tengo necesidad de

saber nada. Amadme, eso es todo: lo demas no me importa.

—Es necesario que lo sepais—dijo la marquesa en tono de dulce mando,—es necesario, y yo lo deseo.

Héctor bajó la cabeza.

—Hablad pues—murmuró.

—Tranquilizaos—dijo la marquesa,—porque la confesion será muy corta; pero os vuelvo á suplicar que no me interrumpais cualquiera que sea vuestra impresion al escuchar mis palabras.... ¿me lo prometeis?

El principe hizo una señal afirmativa.

Lazarine continuó:

—Tendria unos diez y seis años, querido príncipe, cuando hizo la casualidad que nos viésemos en casa de mi padre si que fueseis príncipe todavia. No os diré que al veros sintiese por vos una pasion violenta; no lo creeríais tampoco, porque sabeis perfectamente que á los diez y seis años el amor es una palabra vaga que, aunque se pronuncie, no se comprende su verdadero sentido; no experimenté ninguna pasion, pero me sentí atraida por vos desde el primer momento, y conseguísteis hacer latir mi corazon infantil por primera vez y por última.... ¡Oh! es la verdad: nadie del mundo fuera de vos ha agitado mi corazon.

Fácilmente se puede comprender cual sería la cara de Héctor al escuchar estas palabras.

Fiel á la palabra que habia dado á Lazarine, no quiso interrumpirla para manifestarla su alegria y su reconocimiento por semejante confesion, aunque la emocion mas viva estaba reflejada en su semblante; apenas respiraba, porque le ahogaba la felicidad, y era tal el brillo de sus pupilas que habrian sido capaces de inflamar la pólvora.

—Pasaron dos años—continuó la marquesa, —y aunque no se borraba en mi mente la impresion que en mí producísteis, innegablemente iba disminuyendo; pero las palabras no son bastantes para pintar lo que pasó por mi alma cuando por segunda vez la casualidad nos puso enfrente otra vez.

Estaba casada y ya era mujer.... y conocí que os amaba, teniendo la debilidad de dejároslo comprender; los únicos momentos felices de mi vida fueron aquellos en que bajo la oscura arboleda del parque de la Tour du Roy escuchaba las frases que murmurábais en mi oído.

Entonces viví soñando algunos dias, pero debia despertar muy pronto, como en efecto sucedió.

Mi padre llegó al castillo y os reconoció; me hizo comprender que era imposible vuestra presencia en la casa de mi marido, y sin duda os habló de mi honor amenazado, exigiéndoos quizá vuestra marcha. Resistir á su voluntad no era posible, y una carta que recibí de vos solicitando para la noche una última cita, me hizo saber la triste noticia.

—A la que no fuísteis—murmuró Héctor con imperceptible acento.

—No fuí—contestó la marquesa,—y me habeis juzgado como una mujer coqueta, cruel y de corazon de hielo; ¡sed franco! ¿no habeis pensado eso?

—Sí—balbuceó el jóven,—es verdad.... me fuí desesperado.

—¡Ah!—contestó Lazarine,—¡si hubiéseis sabido lo que esa pretendida coqueta sufria en el momento en que la esperábais en vano, la habrias tenido compasion en lugar de maldecirla! ¡qué noche pasé, Dios mio! al pensar en ella me estremezco todavia; lloraba estrechando entre mis labios aquella querida carta, que desde entonces no me ha abandonado.

—¡Como! ¿todavia la conservais?—exclamó el príncide lleno de alegria.

—¡Y no me separaré nunca de ella! Si lo deseais os la enseñaré algun dia.

La marquesa mentia de una manera descarada al decir esto.

Cinco minutos despues de haber leido con aire

burlon la carta de Begourde la habia quemado á la luz de la bujía, arrojándo al viento sus cenizas; pero para llegar al objeto deseado no omitia nada, y aquella audaz mentira era una pura patraña.

La marquesa continuó:

—Despues de una lucha desesperada que sostuve conmigo misma me faltó el valor, y presa de una grande agitacion nerviosa abandoné mi sitio bruscamente, diciéndome: "*Voy*", despues el sentimiento del deber habló en mí, imponiéndome silencio y haciéndome parar en el mismo umbral de la puerta, porque comprendí el inmenso peligro de esta entrevista suprema.... tenia miedo de vos y de mí, Héctor; desconfiaba de mis fuerzas, conociendo que no podria resistir á vuestras lágrimas y á mi amor. Es verdad que al escuchar vuestras palabras era ya culpable, pero aun podia mirar á mi marido sin sonrojarme; ¿habria tenido este derecho si hubiese dado un paso mas? Mujer de un hombre honrado, preferia el sufrimiento á la vergüenza y permanecer honrada. Por esto no fuí, y sin embargo os amaba bastante... os amaba con toda mi alma.

Lazarine calló.

En un momento de fascinacion, Héctor se apoderó de una de las manos de Lazarine, estrechándola contra sus labios y exclamando:

—Yo adivinaba todo eso, adorada Lazarine, y soy feliz hoy con lo que entonces me martirizó tanto; gracias á vuestra conducta pasada, mi respeto es igual á mi amor.... os amaria menos si hubiéseis cedido.

La marquesa suspiró como tranquilizada.

—¿De modo—preguntó—que me habeis perdonado?

—Desde que una nueva situacion ha trasformado mi vida, se han elevado mis pensamientos y he comprendido que, no solamente debia perdonar vuestra conducta, sino atestiguaros una admiracion profunda, y hoy os pago este tributo. Lazarine, haced que mi dicha sea completa.... habeis dicho que me amábais en el castillo de la Tour du Roy.... decid que me amais siempre.

—Siempre y mas todavia—respondió la marquesa con trémula vos, tapándose la cara con ambas manos para ocultar un pudor imaginario.

—Pero si eso es verdad—contestó Héctor ébrio de felicidad,—¿consentís en ser princesa de Castel-Vivant?

—¿Qué me importa ser princesa?—murmuró Lazarine desdeñosamente,—¿para qué necesito un nuevo título? La única alegria, la solo verdadera, completa, inmensa, seria el ser vuestra esposa.

—¿Mi esposa?—repitió el príncipe materialmente loco,—¡mi esposa! ¡mi adorada esposa! Quereis serlo, ¿verdad? Decid que sí, Lazarine; en el momento que lo hayais dicho, corro á la alcaldia, para que se publiquen mañana los edictos.

La marquesa volvió á mover la cabeza.

—¡Ah!—dijo.—eso es imposible.

—Comprendo mal, ó mejor dicho no comprendo nada—contestó Héctor con viveza,—¿qué es imposible?

—Nuestro casamiento.

El jóven se puso pálido y trató de sonreirse, queriendo tranquilizarse.

—¡Y yo que habia tomado en sério vuestra respuesta!—murmuró Héctor,—ahora veo que que os chanceábais.... sois viuda, sois libre, puesto que no dependeis de nadie, y no teneis necesidad de ningun consentimiento mas que el vuestro; ¿por qué es entonces imposible nuestro casamiento?

La marquesa alzó la cabeza.

—Héctor—dijo,—mi confesion no ha concluido.... no lo sabeis todo.

—¡Dios mio! ¿qué hay entonces?

—Escuchad.

XLIX

Lazarine, con la frente inclinada, ocultó su rostro entre sus manos, pareciendo reflexionar algunos momentos.

¡Hay mujeres que tienen el don de llorar!

El príncipe sintió oprimírsele el corazon.

—Dos meses despues de vuestra partida del castillo—continuó la marquesa con una voz que parecia embargada por la emocion mas profunda,—me llevó el marqués á Italia, con mi hermana Renée; acepté con alegria este viaje porque estaba triste (ya conoceis por qué), y tenia necesidad de distraerme; esperaba olvidar, y para ello hacia lo posible, porque tras el olvido vendria el reposo.

Ya veis que os hablo con sinceridad y sin rodeos.

En las diferentes poblaciones que recorrimos durante aquel viaje, recibiamos numerosas invitaciones y tratábamos mucha gente.

Mi marido me presentó en Venecia á un jóven francés á quien conocia hacia mucho tiempo, llamado Marcelo Laugier.

Este jóven no pertenecia á nuestro círculo